

En Jerez. Fuera
Un mes. 2 ptas. Un trimestre. 6 7/8 p
Un año. 22 5/8 Un año. 25

ANUNCIOS, á precios convencionales.

Redaccion y Administracion,
Compás, 2.

El Guadalete.

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

FERRO-CARRILES
DE JEREZ Á SEVILLA, CÁDIZ Y SANLÚCAR

AÑO XXXII.

Jerez de la Frontera: Martes 3 de Agosto de 1886.

Núm. 9.313.

El Guadalete.

EL VICIO DE LA MENDICIDAD.

El director del Asilo de pobres del Par-
que, en Barcelona, ha referido al redac-
tor de uno de nuestros colegas en aquella
capital, curiosas observaciones hechas en
los mendigos que la autoridad recoge en
la vía pública y alberga en aquel esta-
blecimiento. «Al ingresar un pobre en
el Asilo, dice, se le registra por precau-
cion, recogiendo armas, bastones, pa-
peles, dinero, etc., etc.; se le dá ropa
limpia y se le lava bien la que llevaba
puesta, todo lo cual se guarda para de-
volvérselo cuando sale con destino á su
pais natal.

Practicando esos registros, añade, se
les ha encontrado á algunos más de 600
reales; á otros 500, 400 y 300, siendo mu-
chos los que llevan ocultos entre misera-
bles vestidos más de 200 reales. Por re-
gla general, las mujeres son las que lle-
van menos y los que llevan más son los
que tienen algun defecto físico ó cuentan
ya una edad avanzada.»

Las observaciones del director del Asilo
de Barcelona, no revelan, en verdad,
ningun fenómeno desconocido. Por lo
general en todas nuestras grandes pobla-
ciones sucede lo mismo. Y en mayor es-
cala quizá, harían públicos hechos aná-
logos los directores de San Bernardino y
del Asilo del Pardo, donde raro es el día
que no ocurren sorpresas de ese géne-
ro, si dieran publicidad á sus impresio-
nes.

Pero todavía hay más: nosotros sabe-
mos que alguna vez se ha hecho comer-
cio con las entradas y salidas de esos
establecimientos, porque era cosa corrien-
te otorgar la libertad de un pobre recogido
en la vía pública, si se decidía á des-
prenderse de una parte de las limosnas
sórdidamente acumuladas. No temia tan-
to el mendigo de profesion la severidad
del régimen á que se le sujetaba en el
Asilo, como el sacrificio pecuniario que
habría de imponerse para recabar la li-
bertad de volver á implorar la caridad
del público.

Es tradicional en San Bernardino la
mendiga Manuela Porras, que solia pe-
dir unas veces á la puerta de las iglesias,
otras en las calles. Su valimiento era tal,
que cuando era conducida al Asilo, se
producía una crisis ministerial para sol-
tarla.

Otras veces eran los mendigos mismos
los que ofrecian dinero por rescatar la
libertad de pedir. La antevíspera de San
Isidro una anciana ofrecia de haber onza
de oro por que la dejaran salir.

Aunque por regla general los mendigos
de este género son ancianos, muchos
de ellos con defectos físicos que les imposi-
bilita para toda faena provechosa, no
seria difícil demostrar, registrando sus
antecedentes, que durante toda su vida
sintieron invencible repulsion hácia el
trabajo. La vagancia es el primer grado
de la profesion de mendigo. No se llega
al hábito de la incuria y la suciedad, la
hipocresía, la mentira y la avaricia; la
miseria en el cuerpo y la desvergüenza
en el alma, sino despues de haber renun-
ciado á la honrada y digna vida del tra-
bajo, que tantas y tan nobles emulacio-
nes aviva en las relaciones sociales, así
para las necesidades materiales como en
la esfera de la moral.

Por eso no duele tanto el espectáculo
que algunas temporadas ofrecen las calles
de Madrid, sembradas de gente jóven á
veces robusta y desde luego apta para el
trabajo, que por falta de ocupacion im-
plora los caritativos sentimientos del tran-
seunte. Nada más peligroso que alentar
ese género de vida, con el que muy pron-
to se hallan bien avenidos, séres conde-
nados á las estrecheces del jornal, en
quienes la falta de cultura intelectual y
de relaciones sociales, no han podido
desarrollar el sentimiento de la dignidad
personal.

Y á este propósito hemos de reproducir
aquí lo que con gran abatimiento de es-
píritu nos referia hace dos meses una
persona muy conocida en Madrid, D. Ja-
cobo Alvarez Capra. Posee este amigo
nuestro cerca de Torrejon de Ardoz, una
vasta posesion dedicada á diversas explo-
taciones agrícolas. A mediados de mayo,
necesitó aumentar el número de jornale-
ros y como no les hallara en Torrejon,

dirigió una carta-circular á los alcaldes
de los pueblos inmediatos de Mejorada
del Campo, Velilla, Barajas, Loeches, To-
rres, etc., diciéndoles que admitiria hasta
50 jornaleros, á los que ofrecia 9 reales
de jornal y albergue en la finca. La con-
testacion, poco más ó menos igual de to-
dos los alcaldes fué esta:

«Sr. D. Jacobo Alvarez Capra: Desean-
do complacerle se ha publicado un bando
ofreciendo trabajo en la finca de V. Des-
pues he mandado al alguacil casa por ca-
sa de las familias donde hay jornaleros
para dar los avisos. No se encuentra uno
que quiera aceptar. Lo mismo nos pasa á
los labradores de este pueblo. Como en
Madrid se reparte tanta limosna, los jor-
naleros se han marchado casi todos á la
capital, donde sin trabajar sacan muy
buenos jornales, pues algunos escriben á
sus familias diciendo que no salen por
menos de cinco y seis pesetas.»

No se desanimó por eso nuestro amigo.
Puesto que en Madrid, —se dijo,—pulan
por las calles los braceros sin trabajo, fá-
cil será reclutar gente para mi finca. Y
despues de tomar sus medidas, salió al
día siguiente, provisto de 50 tarjetas, á
recorrer las calles.

No bien veía á un jóven ó viejo implor-
ando la caridad, se dirigia á él, y enta-
blábase el siguiente diálogo:

—¿De dónde es V.?
—De tal pueblo.
—¿Por que pide V. limosna, siendo ap-
to para el trabajo?
—Señor, porque no encuentro quien
me dé ocupacion.

—¿Quiere V. tenerla desde mañana?
—¡Ya lo creo! No deseo otra cosa.
—Pues tome V. esta tarjeta. Mañana, á
las seis de la mañana, se presenta V. en
la calle de Alcalá, número tantos, coche
ra, y con los carros que de allí saldrán,
se va V. á mi finca de Torrejon. Hará V.
el viaje montado, y se le dará de almor-
zar. El jornal que correrá para V. desde
mañana, será de 9 reales.

—Señor, muchas gracias; Dios se lo
pague. No sabe V. lo contento que voy
á ir.

Así repartió durante el primer día 26
tarjetas.

¿Quiere saber el lector cuantos pobres
jornaleros sin trabajo acudieron á la cita?
Ni uno solo.

Al día siguiente repitió la operacion,
repartiendo 18 tarjetas, además de haber
encontrado á tres de los comprometidos
el día anterior, que se excusaron por va-
rias causas, pero que ofrecieron sin falta
acudir al día siguiente.

El resultado fué el mismo. No se pre-
sentó uno solo de los pobres que se veian
obligados á pedir limosna por carecer de
trabajo.

¿Cuántos de esos desdichados, honrados
y útiles braceros, hasta hace pocos me-
ses, habrán adquirido ya el vicio de la
mendicidad y por lo tanto el de la vag-
gancia?

No es fácil saberlo; pero no es ilógico
presumir que muchos de ellos habrán ya
sufrido la trasformacion, connaturalizan-
dose con la accidentada vida del pordio-
ero, que sin añadir tal vez miseria corpo-
ral á la antes sufrida, aumenta los me-
dios de satisfacer con holgura necesida-
des de sustentacion, estimula la hogaanza
y quizá dan tambien para otros vicios, en
la vida honrada del trabajo desconocidos.

Santa, muy santa es la caridad, y no
quisiéramos que estas líneas la entibia-
ran, pero por Dios que sea discreta, que
no sea incentivo de perversion y alimen-
to de viciosos haraganes.

(El Liberal.)

EL VIAJE DE LA FRAGATA «BLANCA»

EN EL ARSENAL DE HORTEN.

La fatalidad, ó lo que fuera, al partir-
nos por el eje, no alcanzó afortunadamen-
te toda la gravedad que parecia inmedia-
ta, pues si pudo obligarnos á interrumpir
el viaje que llevamos hácia Copenhague,
el París del Norte, nos hizo visitar en
cambio el arsenal y la villa de Horten,
que no estaban en el itinerario, cuyo co-
nocimiento no solo no estorba, sino que
nos ha proporcionado diferentes motivos
de estudio y de agradecimiento á la con-
stante amabilidad que nos rodea.

El gobierno sueco, apenas enterado
por nuestro dignísimo cónsul en Cristia-

nía, del percance que la fragata acababa
de sufrir, y de que se encontraba refugia-
da en el puerto de Dyngo, se apresuró á
ofrecerse para facilitar toda clase de au-
xilios, y como que en este país hay la
buena costumbre, entre otras, de cum-
plir lo que se ofrece, muy pronto tuvimos
allí un remolcador y listo un caño-
nero para darnos convoy.

Aeger se llama el vapor remolcador, y
ese es el nombre que en la mitología nor-
uega, tan rica en leyendas y poesia, lle-
va el dios encargado por el jefe de todos
ellos del gobierno y régimen superior de
los mares, y creo, aunque no estoy segu-
ro, que tambien influye ó influa algo so-
bre los rios caudalosos. Pues, bueno; el
vapor, es decir, su comandante y los ofi-
ciales fueron para nosotros una verdade-
ra Providencia, no mitológica, sino viva
y efectiva, que piloteando siempre y re-
molcando á veces, trajo hasta este arsenal
de Horten á la inválida Blanca, que se
ayudaba un tanto con las velas, aprove-
chando las rachitas favorables. La caño-
nera Nord tambien nos acompañaba, y
aunque por fortuna, no hizo falta su con-
curso, de fijo le habiéramos obtenido ge-
neroso y completo como en todas partes
lo encuentra el barco español desde que
se halla en este delicioso país.

La fragata entró en el dique, que es fi-
jo y muy bien dispuesto, el 16 por la tar-
de, y en él permanecerá hasta el 25 ó el
26 en que saldrá lista del todo, con su eje
nuevamente forjado y colocado, para
continuar su mision ó emprender el viaje
que se le designe. Como se vé, en este
arsenal se hacen las cosas de prisa y
bien.

En sus talleres han sido construidos y si-
guen construyéndose torpederos, muy bien
concluidos y de excelente andar, del tipo
de nuestros Rigcio y Acevedo: nosotros
presenciamos, acudiendo á una galante
invitación, las experiencias que efectua-
ron uno de cada clase de los citados con
torpedos Whitehead, y uno de botalon,
que fué el primero construido por la casa
Thornycroff, la misma que despues hizo
nuestros Castor y Pollux. El andar oscila
entre las 18 y 22 millas y tienen, respec-
to á los nuestros, otras diferencias en el
armamento y distribucion interior, prin-
cipalmente. Tambien tienen en grada un
cruceiro de hierro de extraordinaria man-
gura con relacion á su eslora, como acos-
tumbra hacer en todos sus barcos, segun
pudimos apreciar de los primeros
botes de prácticos que se presentaron á
nuestra vista por estos mares.

La «casa de armas» del arsenal es curio-
sísima y constituye un hermoso muestrario,
perfectamente tenido y dispuesto, de
todas ó casi todas las armas portátiles que
han usado el ejército y la marina norue-
gas y muestras tambien de tambores, cor-
netas, artillería ligera, banderas y de
más atributos militares á propósito para
formar preciosos trofeos que, juntamen-
te que agradan á la vista y hacen grato
su estudio, encierran una utilísima ense-
ñanza, demostrando los rápidos progresos
de los inventores y constructores de ar-
mas han realizado en el país. Otro Museo
Arqueológico marítimo hay en el arsenal,
y en él están reunidos una multitud de
objetos de marina ó relacionados con ella,
todos antiguos ó raros, ó notables por
cualquier otro motivo.

Tambien tienen un cómodo Hospital,
de cuyos detalles científicos é higiénicos
tomó algunas notas el distinguido primer
médico de este buque Sr. D. Galo Calvo
Ravo.

En este pueblo que tiene unos 6.000
habitantes, hay un farmacéutico, dos mé-
dicos y nueve maestros de escuelas pú-
blicas: todo el mundo sabe leer y escribir,
casi todo él habla, mejor ó peor, francés,
inglés ó alemán, además de su idioma
nativo; así es que con ese grado univer-
sal de cultura las tiendas por la noche
quedan cerradas con puertas de cristales
y las casas con pestillo; no se ven borra-
chos por las calles; una navaja es objeto
de sorpresa y asco; los niños saludan á
las personas mayores que encuentran en
su camino, ellas con una cortesía muy
mona y ellos quitándose el sombrero; el
orden público inalterable... nueve maes-
tros de escuela. Pues lo que sucede en
Horten es lo general en Noruega.

Para corresponder de un modo relativo,
único posible, á las infinitas muestras de
interés y amistad, que, á consecuencia de
la avería hemos recibido aquí, mañana se

dá un banquete de cincuenta cubiertos
á bordo, al cual están invitados, entre
otros, nuestro cónsul dignísimo en Chris-
tiania, el contralmirante Ihlen, comodoro
Müller y Semith, varias señoras y ofi-
ciales y particulares noruegos y españo-
les, hasta el número indicado. Gracias á
la actividad incansable y al celo constan-
te del comandante segundo D. Antonio
Perea, el barco está saltando, como se
suele decir cuando un buque está muy
limpio y bien dispuesto, y los invitados
comprenderán perfectamente el placer
inmenso con que cumplimos de todo co-
razon este deber de correspondencia á
sus eficaces auxilios en los momentos de
riesgo y de zozobra, y á sus amables
atenciones en los de tranquilidad, y
siempre.

Han producido aquí muy buen efecto y
los periódicos las traducen, comentándo-
las con agradecimiento, las frases que el
general Beranger dedicó á Noruega,
cuando contestó en el Senado á una pre-
gunta acerca de la Blanca: sus palabras
tienen un doble valor, pues son la mani-
festacion elocuente de los sentimientos
que á todos nos animan, consignadas pa-
trióticamente por un marino tan ilustra-
do como es el general Beranger, á la vez
ministro de la Corona de España.—F. M.
Arsenal de Horten y Julio 24 del 86.

LOS MOTINES DE AMSTERDAM.

Tomados de cartas de corresponsales de
varios periódicos, podemos ofrecer á nues-
tros lectores detalles sobre el motin pro-
ducido por varios marineros y el pueblo
de Amsterdam. Hélos aquí:

Es el pueblo holandés, amante de di-
versiones salvajes, y las leyes tienen pro-
hibidos varios juegos de esta especie, en-
tre los cuales figura el *Palingrekken*. Con-
siste en atar una anguilla por un medio del
cuerpo á una cuerda sujeta por un extre-
mo en tierra, de suerte que el animal que-
de entre dos aguas sin poder hundirse. La
infeliz víctima, así amarrada, lucha por
escapar, y mientras tanto los jugadores
pasan en barquichuelos á remo y procura-
ran asir la anguilla, cosa no poco difícil,
porque además de ser escurridiza de suya
está untada en jabon, ganando el juego
el que logra quedarse con ella entre los
dedos.

Esto da lugar á no pocos chapuzones,
crúzase apuestas entre los espectadores,
y hácese del suplicio de un animal objeto
de jolgorio y algazara.

Habia dado comienzo el juego á poco
más de las doce de la mañana del domi-
ngo último y á las cuatro de la tarde du-
raba todavía. Dos agentes de la autoridad,
de servicio en el barrio de Lindengracht,
que es donde la escena tenia lugar, man-
daron que se suspendiera el juego. Vista
la inutilidad de los mandatos recurrieron
á la fuerza y uno de los agentes cortó la
cuerda que sujetaba á la anguilla; pero el
pueblo la cojió antes de que cayera al
agua y prosiguió la balla mientras unos
cuantos espectadores apoderándose del
agente le conducian á una bodega donde
le maltrataron brutalmente.

Acudió entonces un destacamento de
agentes, que á duras penas logró libertar
á su compañero, á quien hubo de condu-
cirse al hospital en deplorable estado.
Dieron varias cargas, sable en mano, sin
conseguir dispersar á las turbas, que re-
cibian á la policía á pedradas, en tanto
que alzaban verdaderas barricadas des-
empedrando la calle, y resultaron del
combate no pocos heridos de una y otra
parte. La pelea duró hasta por la noche;
los faroles, hechos pedazos, fueron apa-
gados; dejaron sin tejas multitud de ca-
sas, para servirse de aquellas como pro-
yectiles; y una violenta lluvia que sobre-
vino, dió fin á la batalla del domingo,
dejando el campo en poder de la autori-
dad. Hicieronse durante el día muchas
prisiones, y entre las personas detenidas,
encontrábase los socialistas Eckhardt y
Megem.

Desde las primeras horas de la mañana
del lunes 27, compactos grupos recorrían
las calles, pero la policia se limitó á evi-
tar que se interrumpiera la vía pública,
suponiendo que todo quedaria reducido á
una manifestacion pacífica. Mas al medio
día cambió de aspecto la poblacion; creció
el tumulto, la policia fué hostilizada por
la multitud, intervino la tropa tratando
en vano de dispersar los grupos y lo-

grando solo atraerse una lluvia de piedras
y tejas. Entonces los soldados hicieron
fuego; resistieron los amotinados; la ban-
dera roja de los socialistas ondeó en una
barricada y se trabó un verdadero comba-
te que dejaba las calles sembradas de
muertos y heridos.

Por doquier circulaba el *Recht voor allen*,
una hoja que aconsejaba á los sediciosos
que obrasen en París los comunis-
tas, y asaltaran el Banco nacional, por
fortuna defendido por la tropa. A las doce
de la noche se restableció el orden. De la
batalla resultaron 25 muertos y 90 heri-
dos y contusos, entre los cuales se cuentan
40 agentes de policia.

El martes 28, hubo en el parque popu-
lar de Amsterdam una asamblea socialis-
ta, especie de protesta, contra el hecho
de haber muerto en las barricadas varios
socialistas con la bandera roja en las ma-
nos, y la prensa de este matiz niega toda
intervencion del partido en el motin.

LA CABALGATA HISTÓRICA

DE VALENCIA.

Desde las fiestas memorables del cen-
tenario de Calderon de la Barca en Ma-
drid, no se habia presenciado en España
cabalgata tan magnífica como la que se
ha verificado en Valencia el día 30.

Representaba la cabalgata la entrada
triumfal del rey D. Jaime en Valencia, y
se organizó en el jardin del Real. En
aquel punto estaba el rey Conquistador,
en efecto, cuando en la torre de Alibufat
se arboló el pendon que indicaba la
rendicion de la plaza, pendon que se con-
serva en el archivo municipal.

La torre ha sido figurada por una de
madera que se ha construido en la plaza
de Trinitarios, punto donde estaba si-
tuada.

A las cuatro de la tarde estaban en ella
el rey moro y su tropa.

Abatían su bandera y enroboraban la
bandera de las barras. A esta señal las
tropas cristianas tenian que mover sus
huestes con direccion al puente de la Tri-
nidad por delante de San Pío V, y atra-
vesando dicho puente, seguir por la an-
tigua ronda de la ciudad llamada en el
día calle del Pintor Lopez, hasta quedar
á la altura de la torre antes mencio-
nada.

En tanto el rey, seguido de sus caba-
llos, debía avanzar por el puente del
Real hasta el sitio indicado anteriormente.

El rey moro, seguido de sus magnates y
séquito de hombres de guerra, avanzando
hácia el rey aragonés, y bajando de su
caballo, haria humildemente la entrega
de las llaves de la ciudad.

Entonces habrá comenzado el desfile de
las tropas por delante del rey, saludándo-
le con el grito de *viva fora!*

La cabalgata seguia á este simulacro,
organizada en la siguiente forma:

Primero: rey moro á caballo y otros
cuatro ginetes; música sarracena (muy
original y típica); veinticinco peones mo-
ros; otros tantos ginetes.

Ejército cristiano: cinco trompeteros;
cuarenta peones almogávares y cuarenta
honderos baleares, todos ellos toscamen-
te equipados. Cinco meznadas, cada me-
znada compuesta de una fanfarria de diez
trompeteros, veinticinco peones, con su
capitan, y otros tantos ginetes, con su
capitan, pendon blasonado y dos pajes.
Cada meznada con diferentes trajes y
equipos, y mandada respectivamente por
los egregios caballeros Pertusa, Malferit,
Cruilles, Almodóvar y Llansol.

Séquito del rey: cuatro timbaleros y cla-
rines. El noble Vidal de Blanes llevando
la enseña del rey, dos pajes y ocho caba-
llos armados de punta en blanco.

El rey, á caballo: su equipo y traje se
ha sujetado en todo lo posible al modelo
de la estatua que ha de colocarse en la
plaza de la Aduana. Cuatro obispos y dos
frailes montados en mulas; veinticinco
caballeros de los que acompañaron al rey
en la conquista.

Tras el cortejo del rey, un caballo de
batalla encubertado y conducido por dos
palafreneros llevando las armas de D. Jaime
y los correspondientes pajes. Luego
treinta escuderos, con los lanzones y es-
cudos blasonados de sus señores, cerrando
la marcha del séquito un peloton de cua-
renta jinetes almogávares.

Despues, un carro, tirado por cuatro
bueyes, conduciendo una torre de asalto,





